

Madres solteras indígenas

Hace mucho tiempo sólo había mujeres locas, puras mujeres locas.... Me'tik Lorisia (Nuestra Madre Lorisia) vivía entonces, una mujer blanca y alta con una larga falda negra y un chal del mismo color. Ella sostenía un cuchillo entre sus dos manos....

Las mujeres le rezaban a Me'tik Lorisia y ella protegía sus relaciones amorosas. Mataba a los maridos celosos. En ese tiempo las mujeres ya no deseaban tener esposos.... Entonces los hombres se levantaron en armas y empujaron a Me'tik Lorisia al fuego. Ella murió y una nueva santa vino y les enseñó a las mujeres a ser buenas y sumisas. Ella les enseñó a esperar en el hogar con la cabeza inclinada y a casarse por medio de una petición formal.¹

En toda cultura, en toda sociedad, la sexualidad y la procreación han sido reglamentadas, limitadas, controladas y la sociedad indígena no es la excepción. Complejos códigos éticos y sistemas de reglas —definidas no sólo con relación a la condición de género, sino de edad, parentesco, situación económica, etnia y otras características sociales— estructuran este aspecto primordial en la vida cotidiana de los individuos. Ciertamente las distintas sociedades y culturas, etnias y clases comparten en esta materia algunos elementos comunes; sin embargo, las diferencias también son notables, de modo que aspectos significativos en algunos contextos, en otros son apenas visibles. En efecto, los contenidos de las normas, la forma de resolver las devianaciones, el peso de la ingerencia social y el espacio de la libertad individual, no son siempre los mismos. No obstante, distinguir lo prohibido de lo permitido a nivel sexual y moral es cuestión de supervivencia social, tan

De nacionalidad mexicana, Anna María Garza Caligaris es egresada de la facultad de filosofía y letras de la Universidad Nacional Autónoma de México con una licenciatura en letras clásicas. Como investigadora de tiempo completo del Centro de Estudios Universitarios de la Universidad Nacional Autónoma de Chiapas (UNACH), realiza investigaciones sobre la vida cotidiana en las colonias populares de San Cristóbal de Las Casas. Juana María Ruiz Ortiz, también de nacionalidad mexicana, es tzotzil de San Pedro Chenalhó, Chiapas y ocupa el cargo de técnica académica auxiliar bilingüe (tzotzil-castellano) en el Centro de Estudios Universitarios de la UNACH, donde colabora en las mencionadas investigaciones sobre las colonias populares de San Cristóbal.

¹ Mito chamula, citado por Brenda Piccrotto de Rosenbaum, "With Our Heads Bowed: Women, Society and Culture in Chamula, Chiapas" (tesis doctoral, State University of New York, 1987).

indispensable como la propia supervivencia física. Un enorme esfuerzo, por tanto, tiene que invertirse para asegurar la internalización a nivel individual de valores construidos por sociedades particulares y específicas: la familia, las iglesias, la escuela y diversas instituciones más inician al individuo en este aprendizaje y acompañan su desarrollo a lo largo de la vida. No obstante, incluso en las culturas o períodos más intolerantes, la sexualidad escapa con frecuencia a los rigurosos controles que la sujetan, ya sea porque las normas hayan perdido vigencia y se presenten nuevas formas de comprender y vivir las relaciones amorosas, o porque las condiciones reales de existencia eviten la reproducción del ideal. En el caso que nos ocupa —madres solteras en las colonias de migrantes y expulsados indígenas en San Cristóbal— problemente se trate de ambas cosas a la vez.

De cualquier forma, frente a la transgresión emergen ideas e imágenes sobre “lo bueno” y “lo malo”, manifestándose de manera más transparente toda una serie de valores simbólicos (con todo y sus inconsistencias y contradicciones) en cuanto al matrimonio, la familia, la sexualidad, la maternidad y la paternidad, el hombre y la mujer. Particularmente importante para la consecución de nuestro trabajo es analizar cómo enfrenta la sociedad la disidencia y la infracción, las modalidades que asumen los castigos impuestos y la noción de autoridad y poder que el conjunto de las prácticas (de opinar y de actuar) suponen.

Vincular este nivel de la interrelación humana con las aspiraciones sociales hacia la transformación democrática implica recorrer un camino no exento de peligros y cuya existencia apenas empieza a adivinarse. Lo cierto es que si en México el camino hacia la democracia tomó vuelo en materia electoral, los grupos organizados de la sociedad civil —revalorizados a pesar de las desilusiones, o tal vez precisamente a raíz de ellas— no se agotaron aquí. Los nuevos vientos se introdujeron a otros temas y espacios, a problemas que se originan en la vida cotidiana de la gente común y entonces otros dilemas se presentan. No se trata ya de abordar como única vertiente los obstáculos que para la participación ciudadana surgen de las profundas inequidades económicas, pues la realidad hace evidente la presencia de una organización social autoritaria. Asuntos como los derechos humanos, las identidades étnicas, la ecología, las relaciones entre los géneros y generaciones, se incorporaron también a la mesa de debate.²

La premisa que antecede y acompaña este proceso es el reconocimiento —elevado a rango de primera importancia— de la composición plural de nuestro mundo y la aspiración de que las discrepancias y conflictos se diriman de manera pacífica y racional. En última instancia se cuestionan las relaciones de los diversos conjuntos sociales de poder y los fundamentos (códigos étnicos) del ejercicio de la autoridad. Por esto mismo, el concepto de democracia se

² Véase la publicación *Debate feminista: amor y democracia* 1 (México, D.F.: Epiqueya, 1990): 1; y Héctor Tejera, “Democracia y cultura en regiones étnicas”, *Nueva Antropología* 39 (1991): 11: 41-52.

tiño de muy diversos significados y una muy nutrida discusión en torno a sus posibles contenidos se desarrolla a la par.

Diversos movimientos sociales han contribuido poderosamente a la ampliación del concepto de democracia; entre ellos nos interesa resaltar los aportes del feminismo:

el feminismo plantea que una línea fundamental para explicar la sociedad es la del poder[;] resulta importante que se aplique el concepto de democratización en un sentido mucho más amplio y no ceñido únicamente al ámbito de la política tradicional. Hay que continuar con el análisis de la estructura de poder en la familia y en las instituciones sociales.³

Con la convicción de que "lo privado también es político", los problemas de la vida cotidiana se han introducido a veces hasta el centro de la controversia. El caso de la despenalización del aborto en Chiapas y la posterior suspensión de la ley, es tal vez el más sonoro ejemplo de los últimos tiempos, ocupando planas enteras de periódicos y revistas, involucrando en foros múltiples a académicos y militantes y movilizándolo a importantes contingentes en favor y en contra.⁴

La irrupción de problemáticas fuera del campo que tradicionalmente ocupaba a la democracia (relación ciudadanía, partidos y Estado) ha activado conceptos e ideas centrales sobre la sociedad y su organización y ha provocado no pocas confusiones y desacuerdos; y es que en lo cotidiano la democracia se topa con una multiplicidad de procesos y fenómenos sociales que condicionan y reformulan sus caminos, que la obligan a abandonar la acalorada discusión y a ser cauta. Esto sucede porque las tan manejadas divisiones y separaciones sociales entrecruzan en lo real sus fronteras. No encontramos, entonces, conjuntos sociales perfecta y tajantemente divididos entre sí, homogéneos y democráticos en sus relaciones internas, con asuntos que preocupen a todos sus miembros en un mismo momento. No encontramos tampoco proyectos producto de un consenso sin dudas, sino demandas fragmentadas y contradictorias, excluyéndose a veces unas a otras; a veces acercándose gracias a abigarradas redes de lealtad, tradición, moral o afecto. En este terreno resbaladizo la democracia se encuentra con una sociedad civil que no ha desterrado la violencia de sus relaciones y que a veces parece formar parte de la forma (o formas) de vivir y de ser.

En este breve ensayo planteamos más dudas e interrogantes que conclusiones y no nos cabe duda que también se encontrarán muchos silencios y omisiones. Sin embargo, y admitiendo el carácter provisorio de lo que decimos, nos mueve el convencimiento de que es en el complejo espacio de la

³ Lourdes Arizpe, "El feminismo y la democratización mundial", *Debate feminista* 1 (1990): 1: 112.

⁴ Actualmente se desarrollan trabajos que sistematizan e interpretan este proceso, entre ellos el de Gabriel Hita en el Colegio de México; el de Noemí Ehrenfeld, UAM Iztapalapa-Hospital General Dr. Manuel Gea González; y los que llevan a cabo Graciela Freyermuth y Anna María Garza, del CIESAS Sureste-CEI, UNACH.

cotidianidad, en las experiencias concretas de violencia, donde se arraiga el sentido de la democratización.

Volvamos ahora al tema que dio origen a nuestra reflexión. Empecemos por caracterizar brevemente los asentamientos indígenas en la periferia de San Cristóbal de Las Casas. Esta ciudad ha recibido en los últimos diez años una verdadera avalancha de población indígena que por diferentes razones se ve obligada a abandonar sus comunidades de origen. El hecho que San Cristóbal no sea de ninguna manera polo de desarrollo económico y que no pueda ofrecer a la mayoría de los nuevos pobladores más que condiciones de ínfima subsistencia, es signo evidente de que se aceleran las transformaciones y desequilibrios en el campo chiapaneco en más aspectos que el puramente económico.

Procedentes de casi tantos municipios y localidades como los que conforman el altiplano guatemalteco, los indígenas han fundado colonias donde el origen rural y la cultura formada en su seno imprimen una huella profunda en la organización del espacio y de la convivencia humana. Así, por ejemplo, en extraño paralelismo a la organización política del campo, surge en cada colonia un cuerpo de autoridades formada por agente, juez y comités a los que se añade el "representante" del asentamiento.

Sin embargo, al mismo tiempo múltiples cambios apuntan a otras direcciones. En principio, la conquista de este nuevo espacio obliga a los colonos a enfrentar, además de carencias materiales de todo orden, su propia heterogeneidad interna. En todas las colonias son evidentes, a veces a simple vista, las diferencias étnicas, culturales, de actividad económica y de ingresos, y en algunas además las religiosas y políticas. Los grupos de referencia y control entonces se diversifican: los parientes que no migraron, o los que se establecieron en otra colonia; la comunidad religiosa (ya sea "tradicional", católica o alguna de las varias denominaciones protestantes); la organización partidaria (el gobiernista Partido Revolucionario Institucional, o los opositores Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, Partido de la Revolución Democrática); la gremial (ya sea oficial, como la Confederación Regional de Obreros de México, la Confederación Regional de Obreros y Campesinos, o independiente tal como las de artesanas); y, finalmente, las organizaciones o frentes amplios de indígenas (Comité de Representantes Indígenas de los Altos de Chiapas y Frente Independiente de Pueblos Indígenas). En este contexto, la identidad social tradicional, rural y comunitaria sufre alteraciones importantes, y si bien el componente étnico no pierde terreno, ciertamente transforma muchos de sus contenidos. No es extraño, pues, que trastocándose la vida cotidiana, las normas y objetivos sociales se vuelvan contradictorios y puedan generarse toda suerte de desacuerdos y conflictos.

Difícil sería pretender que las relaciones de género, los vínculos íntimos y afectivos y los arreglos familiares no tomen parte en este proceso. De esa forma entendemos que la reproducción de muchos imperativos sociales en este terreno conviva con la ruptura de muchas otras costumbres.

Casi todos los etnólogos coinciden al reportar en las comunidades alteñas

una separación muy pronunciada entre los géneros a partir de la pubertad. Muchachas y muchachos se desarrollan en distintos espacios y sobre ellos pesa la prohibición de hablarse siquiera. Esto con el fin de garantizar la intervención de la familia en los arreglos matrimoniales que incluyen complejos rituales, intercambios y alianzas. En la ciudad, las exigencias del empleo, de la escuela y de otras actividades, y en ocasiones la lejanía de los padres, impide una vigilancia tan estrecha. Así expresa una mujer ordinaria de Huixtán el malestar que le provoca el relajamiento del control familiar sobre las jóvenes:

En nuestros parajes las muchachas siempre respetan a su familia, por eso no se huyen. Pero cuando salen a la ciudad, ahí toman la maña: como lo miran las ladinas que dondequiera se andan besando, hasta en la calle, y como en las novelas de la televisión también lo están mostrando, ahí lo aprenden las indígenas.⁵

Luego, cada vez con mayor frecuencia, son los grupos jóvenes quienes deciden su vida íntima. No obstante, objetivos sociales vigentes durante largo tiempo y conectados con una determinada forma de ser y vivir la vida no se olvidan fácilmente. La recién adquirida independencia provoca angustia y desconfianza mutuas. Así, un hombre joven recomienda tomar precauciones a quienes buscan pareja en la ciudad:

porque hay muchas muchachas que sólo vienen a buscar novio a la ciudad y de ahí pronto se juntan. Pero no son paisanos, no son conocidos y es muy fácil que empiecen a pelear y de ahí luego se separan. Por eso yo estuve un año de novio y cuando la conocí bien la mujer y vi sus costumbres, que no era mala, entonces me casé.⁶

Las mujeres asimismo expresan muchos temores,

Hay pocos hombres que son responsables con su familia, hay muchos que sólo se embolan y golpean a su mujer, no traen comida, ni piensan nada de sus hijos. Y también se escucha dondequiera que a tal mujer le dejaron un hijo, que fue tal fulano, que ya se huyó.⁷

Posiblemente diferentes normas encontradas expliquen en parte que fenómenos como el de las madres solteras, las abandonadas y la poligamia, sean más recurrentes en las nuevas colonias.⁸ Mas estos acontecimientos apuntan también a la existencia de una desigualdad genérica pronunciada que, presente en el campo tanto como en la ciudad, asigna a la mujer las tareas de crianza y socialización temprana de los hijos (es decir, una buena parte de la reproducción en la siguiente generación de las normas y pautas sociales). Es por ellos precisamente que, cuando la relación íntima no desemboca en una pareja

⁵ Entrevista conducida en la colonia San José Buenavista, febrero de 1990.

⁶ Entrevista llevada a cabo en San Antonio Los Montes, febrero de 1991.

⁷ Entrevista en la colonia Prudencio Moscoso, junio de 1991.

⁸ Cabe aclarar que esporádicamente se encuentran también mujeres que abandonan hijos y pareja.

estable, la coerción social se manifiesta con mayor intensidad contra la mujer, reforzando con ello su posición subordinada.

De la respuesta colectiva ante la desviación de la conducta sexual desprendemos otras reflexiones. Una de ellas, de primer orden a nuestro parecer, se deriva del hecho de que, tanto mujeres como hombres, participan activamente en la imposición de las sanciones y así ambos géneros apoyan, mantienen viva y renuevan una ética colectiva cuyas dimensiones sobrepasan los límites de los vínculos íntimos y privados. Las consecuencias de lo dicho obligan a reconsiderar la idea dominante en algunas corrientes feministas que suponen a la mujer totalmente marginada en un mundo donde los hombres imponen las reglas del juego. Tendremos que asumir, entonces, una postura más dinámica. García Canclini nos recuerda que:

En esta estructuración de la vida cotidiana se arraiga la hegemonía: no tanto en un conjunto de ideas "enajenadas" sobre la dependencia o la inferioridad de los sectores populares o de uno de los géneros, podríamos añadir, como en una interiorización muda de la desigualdad social, bajo la forma de disposiciones inconscientes inscritas en el propio cuerpo, en el ordenamiento del tiempo y el espacio, en la conciencia de lo posible y de lo alcanzable.⁹

Es esta apropiación de valores lo que dará lugar al despliegue de tantos mecanismos y recursos destinados a defender intereses derivados de los papeles de madre o esposa. A fin de cuentas, la identidad femenina en estos contextos mucho tiene que ver con tales roles. De ahí que se establezca una fuerte competencia entre las mujeres quienes no están exentas de cierta cuota de poder; que ejercen en los espacios donde socialmente les está concedido actuar: la casa, la calle, el río y a veces en alguna de las pocas asambleas en que se permite su participación, lugares todos en donde lo público y lo privado no representan una división tajante. Tanto a través de su influencia sobre maridos e hijos, familiares y amigos, como con directas agresiones a otras, las mujeres desarrollan esta otra parte de la identidad femenina a la que se ha concedido tan poca atención.¹⁰

Uno de los recursos privilegiados por las mujeres es el chisme, cuyo poder es inmenso y puede provocar el aislamiento social de la infractora. Demos lugar a un muy ilustrativo fragmento de una conversación entre dos amigas en la colonia La Hormiga:

'Esta Rosa', dice una de ellas, 'no sé por qué con cualquiera se mete, no se fija siquiera. Ahora ya tiene su hijo y no da de conocer su padre. Será que no tiene vergüenza o tal vez que ya está acostumbrada así que cualquier hombre la llama. Una vez la miré, ya eran como las seis [de la

⁹ Néstor García Canclini, "Cultura y organización popular: Gramsci con Bourdieu", *Cuadernos Políticos* 39 (1984): 79.

¹⁰ Con respecto a este tema, véase Louise Lamphere, "Strategies, Cooperation and Conflict", en *Woman, Culture and Society*, Michelle Z. Rosaldo y Louise Lamphere, editoras (Stanford: Stanford University Press, 1974), pp. 97-112.

tarde] y ahí estaba, según ella lavando en el arroyo, pero estaba platicando con el Juan y no tiene miedo la pobre mujer.'

'Vas a ver,' responde la amiga, 'algún día se va a meter con nuestros maridos.'

'Ah, pero le voy a decir a su mujer el hombre, para que lo sepa y a ver qué va a decir. Si no le decimos, se va a acostumbrar la Rosa y en cualquier momento se mete con otro de esta colonia, con nuestros maridos.'

'Así estoy pensando yo que puede venir a destruir nuestra vida con nuestra familia una mujer puta, loca como esa. Capaz que vaya yo a tener problema con mi marido porque no le importa a ella si es casado el hombre, sólo se acuesta un rato con él.'¹¹

Las ideas que remiten a la subordinación de la mujer no sólo se descubren en las actitudes de quienes defienden la norma moral; las propias madres solteras recurren, en su propia defensa, a argumentos nacidos de las mismas fuentes: la necesidad de que la familia, y específicamente un hombre, vele por su bienestar y cuide sus intereses. Como expresó una mujer que era huérfana a muy temprana edad:

Les dije que ellos tuvieron la culpa de que me perdiera, mi hermano y su esposa, porque me dejaron sola. Como me conoció sola el hombre, más fácil se aprovechó de mí. Yo lo acepté porque pensé que era su verdad que me quería. Así les dije.¹²

Otra mujer, dolida por el pronunciado rechazo social de que es objeto, por el hostigamiento sexual de los hombres y las constantes agresiones de sus esposas, expresa:

Me dicen lo que quieren las mujeres y los hombres tampoco me respetan.... A una mujer que sí tiene marido no le hacen igual, le tienen un poco de miedo, no hablan, no burlan, porque ahí está el varón. Es algo importante el hombre porque tiene valor para defender a su familia y es responsable de sus hijos.¹³

Ahora bien, la coerción no se agota siempre en la violencia simbólica (descalificación moral y ostracismo), sino que frecuentemente desemboca en la agresión física directa. Casos de lesiones graves infringidas tanto por hombres como por mujeres, parientes o no, se reportan con relativa frecuencia en el Ministerio Público local.¹⁴ Incluso llega a suceder que éstos alimentan conflictos de otro orden y la defensa de la moralidad se conecte directamente con las luchas por el poder entre facciones en contradicción. Entonces es

¹¹ Conversación escuchada en abril de 1991.

¹² Entrevista en la colonia La Hormiga, agosto de 1991.

¹³ La Hormiga, agosto de 1991.

¹⁴ Información proporcionada en marzo de 1991 por el Centro de Apoyo a la Mujer, A. C. de San Cristóbal de Las Casas y por la Agencia Especial para Delitos Sexuales del Ministerio Público de la localidad.

frecuente que la disputa se generalice y que, además de los golpes, se presenten amenazas de encarcelamiento y aun de expulsión de la colonia.¹⁵

Llegado a este punto, no podemos más que preguntarnos el por qué de tanta violencia. Una posible respuesta se refiere a los efectos psicológicos que sobre los individuos y grupos provocan la dominación y la miseria, que ante la imposibilidad de manifestar hostilidad hacia el mundo exterior (más que en raras ocasiones), se convierte en agresión en contra de la comunidad, de la familia o incluso del propio yo. Esta tesis seguramente tiene una gran dosis de verdad, y a ella se adhieren varios estudiosos de los Altos.¹⁶

Horkheimer, por su parte, construye una relación entre el autoritarismo paterno en el proceso de socialización del niño y la formación de una personalidad fascista.¹⁷ Ciertamente admitimos que una buena parte de las historias de vida que hemos obtenido son testimonio de crueles abusos cometidos por los padres u otros adultos durante la niñez. Mas la vinculación entre lo individual y lo social en Horkheimer se presenta sin mediación alguna. Precisamente en este aspecto, Pierre Bourdieu, con su concepto de *habitus*, ofrece aportes particularmente valiosos para entender cómo las estructuras sociales se interiorizan y reproducen a nivel individual.¹⁸ Retomando esta perspectiva, Vania Salles también sostiene que el autoritarismo en la familia tiene un alto grado de generalización en las zonas rurales y que diferentes modalidades de violencia son ejercidas como forma de socialización y de inculcación de valores “aunque su espectro sea más abarcador, pues reflejan la existencia de relaciones de conflicto de naturaleza amplia que se traducen en prácticas violentas”.¹⁹

La historia de la formación de estas colonias puede proporcionarnos pistas valiosas. Dedicemos, pues, un breve espacio a este proceso fuertemente marcado por un fenómeno poco conocido fuera de Chiapas: la expulsión de indígenas de sus propios municipios. En efecto, en Chamula, Chalchihuitán, Chenalhó, Zinacantán, Amatenango del Valle, Oxchuc y el municipio de San Cristóbal, a la fecha han sido arrojados con violencia más de diez mil indígenas, quienes en su mayoría han formado colonias que rodean San Cristóbal y otras más en el municipio de Teopisca. En cada caso, los conflictos tienen un origen y un desarrollo particular; así como desencadenantes directos

¹⁵ Entrevista en la colonia La Hormiga, mayo de 1990; y con Prudencio Moscoso, junio de 1991.

¹⁶ Rosenbaum, “With Our Heads Bowed”; y Diana Rus, “La crisis económica y la mujer indígena: el caso de Chamula, Chiapas”, documento inédito en el Instituto de Asesoría Antropológica para la Región Maya, A.C., 1990.

¹⁷ Max Horkheimer, “La familia y el autoritarismo”, en *La familia*, Erich Fromm, Max Horkheimer y Talcott Parsons, editores, Colección Historia/Ciencia/Sociedad 57 (Barcelona: Editorial Península, 1977), pp. 177-194.

¹⁸ Entre sus textos traducidos al castellano destaca *Sociología y cultura*, Colección Los Noventa (México, D.F.: Editorial Grijalvo, 1990), el cual cuenta además con una excelente introducción de Néstor García Ganclini.

¹⁹ “Cuando hablamos de familia, ¿de qué familia estamos hablando?”, *Nueva Antropología* 39 (1991): 11: 77-79.

de las expulsiones se aducen enfrentamientos religiosos, económicos o más directamente políticos.²⁰ La "defensa de las costumbres tradicionales" es la causalidad más difundida, pero si en muchas ocasiones es éste un elemento dominante, en otras tantas sucede exactamente lo contrario. Como ejemplo de ello está el municipio de Oxchuc, donde se ha perseguido y asesinado a médicos indígenas tradicionales.

A pesar de todas las diferencias, el proceso lleva como común denominador una respuesta colectiva en extremo violenta (que va desde la agresión verbal, el despojo de bienes, el encarcelamiento y la tortura, hasta el asesinato) frente a la disidencia de cualquier manera en que se manifieste. Gaspar Morquecho, en un trabajo donde sistematiza e interpreta el origen y los resultados de las expulsiones, afirma que estos hechos denuncian que el modelo de dominación política e ideológica tradicional ya no convence a todos.²¹ Sin embargo, la participación generalizada de la población, hombres y mujeres, que con bastante frecuencia se reporta, nos parece ir más allá de lo obvio: "cualquiera que no se una al coro se convierte inmediatamente en sospechoso". Más bien, nos remite a la idea de que se trata de una profunda introyección a nivel individual y colectiva de elementos culturales forjados en un contexto donde la democracia (entendida como reconocimiento y respeto a las diferencias) ha tenido pocas oportunidades de desarrollarse. Esta tesis parece confirmarse al constatar en la misma fuente que rupturas posteriores entre los grupos expulsados han llevado a la misma solución violenta.²²

Entre el manejo de la disidencia política y el de la infracción de normas en el terreno de la sexualidad y la procreación encontramos ciertos paralelismos. Las coincidencias no nos parecerán tan sorprendentes si atendemos a que las pautas de comportamiento sexual no pueden ser inteligibles más que dentro del contexto general de las relaciones sociales; es decir, no pueden entenderse más que como concreción de una construcción simbólica del mundo, de una forma de vivir y de ser fundada en un marco histórico y social determinado.

El espacio y tiempo de que disponemos no nos permite abordar una trayectoria histórica de más amplio alcance, pero consideramos que para entender la manera en que las culturas de los diversos grupos étnicos chiapanecos (incluidos aquí los no indígenas) se desenvuelven y enfrentan sus propias contradicciones internas, habrá que atender a una larga historia nutrida de muchas fuentes. Varios estudios, entre los cuales se destaca el de Antonio García de León, podrán contribuir en mucho para comprender cómo se forja en la historia chiapaneca la intolerancia y el autoritarismo, generados por y en experiencias colectivas, e interiorizados en el sujeto, que permea los espacios

²⁰ Gaspar Morquecho, "Expulsiones en Los Altos de Chiapas", ponencia presentada en la XXII Mesa Redonda de Antropología, celebrada en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en agosto de 1991.

²¹ Morquecho, "Expulsiones en Los Altos de Chiapas", pág. 2.

²² Morquecho, "Expulsiones en Los Altos de Chiapas", pág. 7.

de la política, la religiosidad, la familia: la cultura en el más amplio de los sentidos.²³

— Anna María Garza Caligaris

La historia de María

En el discurso teórico, la desigualdad puede convertirse en fácil abstracción y no lograr transmitir lo concretamente doloroso e injusto de la vida para muchas mujeres indígenas, especialmente para aquellas que llamamos "madres solteras". Por ello, hemos decidido incluir en el presente trabajo un fragmento más extenso de historia de vida. Relataremos los recuerdos y aspiraciones personales, anécdotas y percepciones íntimas de una mujer de la colonia El Paraíso, asentamiento periférico de la ciudad chiapaneca de San Cristóbal. Creemos que con todo y sus dispersiones intrascendentes, olvidos y confusiones, el testimonio es un material de primer orden para comprender la vida cotidiana de las mujeres.

Yo no tengo marido que me ayude con mis hijos. Yo soy la única que me hago responsable de ellos, soy su madre y su padre y pues la verdad es que me han costado mucho para crecerlos. Son aparte sus padres de mis hijos; el primero sólo se quedó para un rato, sólo me hizo el favor de dejarme mi hijo. Pobre hombre, ni siquiera piensa para nada en su hijo. El segundo sí fue mi marido y yo pensé que me quería, pero qué va a ser, me dejó por las habladas de su mamá.

Acepté el hombre la primera vez porque crecí muy maltratada y no aguantaba ya. Por mi padre y mi madrastra que me golpeaban mucho salí de mi paraje Ukuntik de San Juan Chamula y llegué a San Cristóbal con mi hermano. Es aparte su mamá el Domingo, pero me quiere como legítima hermana, por eso me llevó a vivir con él y mi cuñada en la ciudad. Pero qué va a ser, como tenían sus criaturas, a mí me dieron de lavar los pañales y yo la verdad no conocía cómo se hace; no podía sacar la suciedad del bebé. Mi cuñada me regañaba y me empezó a tratar muy mal: puro golpe, cincho y garrotazo. Aguanté yo varios años porque estaba muy chica, tendría unos diez años, pero ya después encontré una señora que me dijo: 'mejor cástate con mi sobrino, te estamos mirando cómo te trata tu cuñada. Aquí no te vamos a pegar y vas a estar contenta'. Así me dijo su tía el hombre y yo lo sentí bueno su consejo y lo acepté. Como soy bien sonsa, me fui directo en su casa el muchacho y me quedé con él. Pero yo no sabía hacer nada, todavía estaba chica y sólo quería jugar. Además no conocí a mi madre y nadie me enseñó a trabajar. Por eso sólo unos días estuve ahí con el hombre y pronto me corrieron. Así que fui como su querida, casi nunca caminé con él en la calle.

Yo no conocía nada de San Cristóbal, ni hablar casi español, no entendía nada y menos sabía de pastillas para no tener hijos. Las mujeres

²³ *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidos en la provincia de Chiapas durante los quinientos años de su historia*, 2 tomos, Colección Problemas de México (México, D.F.: Ediciones Era, 1981).

ladinas entienden, conocen y todavía algunas se pierden y encuentran sus hijos, y yo, como soy indígena, dónde voy a aprender, así más fácil me quedé con un hijo.

Cuando supo mi hermano que estaba embarazada, me empezó a regañar. No quería decir quién fue, pero después tuve que decir que tal persona fue el que me molestó, que él es papá de mi hijo. Como lo supo mi hermano su nombre del muchacho, me llamó con las autoridades para que me case, pero dónde lo voy a encontrar si él está huido el padre de mi hijo. Estaban bien encabronados, hasta me iban a llevar al cárcel para que yo me case con el hombre; así me estaban asustando las autoridades para que fuera a buscarlo, pero les dije: 'no sé dónde está', y así quedé.

Pasó un poco de tiempo y le fui a hablar a mi hermano, a pedir que me perdone. Llevé mi refresco, pero estaban bien encabronados él y mi cuñada y me corrieron. Que no están muertos por tomar refresco y me salí llorando. Así llegaba yo casi de diario a pedir perdón, seis veces fui a contentar a mi hermano porque no quiero que esté enojado conmigo. Lo aguanté su mala palabra, no le hice caso, porque no quería tenerlo de mi contra. Al final se contentó conmigo y recibió mi refresco.

Todo ese tiempo yo estuve muy triste porque el padre ni siquiera se acordó de su hijo, nadie me ayudó y yo no sabía qué hacer. Estaba en una casa prestada, pagaba renta, por eso empecé a buscar lavada para vivir con mi hijo. Pero la lavada tiene problemas; a veces no se encuentra por la lluvia que no deja secar las ropas y seguido no tenía dinero. Así estuve mucho tiempo lavando ajeno y aunque quería yo cambiar mi trabajo, no me venía en la cabeza qué podía hacer. De ahí salió el trabajo de las pulseras y las fajas de estambre que vinieron a enseñar las gringas y así sigo hasta ahora, sentada todo el día, a veces sacando cuatro o cinco docenas al día.

Entonces me conoció otro hombre, ahí en La Hormiga [colonia vecina], me fue a hablar en la casa donde estaba viviendo y lo acepté. Luego me quedé embarazada otra vez y pensé entre mí que ahora sí me va a querer. Pero no, por chisme de mi suegra se fue mi segundo marido. Esta era su palabra de mi suegra: '¿Para qué lo quieres esta mujer? Es una puta, dejala. Ha tenido muchos maridos, es una loca puta. No es tu hijo que lo tiene, es de otros hombres.' Por eso se fue el papá de mi segundo hijo y me quedé otra vez sola.

Yo lo conozco cuál es el sufrimiento con el hombre que no se hace responsable de su familia, pero si no tenemos marido hablan como quieren las gentes. Entonces no se entiende qué es mejor y yo no sé qué hacer. Un momento sí quisiera tener esposo porque no aguanto las habladas de las mujeres que creen que voy a quitar sus esposos; pero a veces pienso que sólo me hacen enojar los hombres. Un rato que sí, un rato que no. También quiero salir de mi colonia un momento y un momento no, porque no tengo a dónde irme.

—Juana María Ruiz Ortiz